

La fuerza de la ironía

JORGE DURAND ♦

En los últimos años hemos asistido a un verdadero *boom* de los estudios que versan sobre la vida cotidiana. La historia oficial de héroes, obispos, generales, gobernantes, clases sociales de tan abrumadora y parcial que fue, cayó en desuso, por no decir en desgracia. Hoy en día nos interesa la visión de los de abajo. Pero no desde la perspectiva de los dominados o los vencidos, que finalmente es una historia de los poderosos. Nos preocupa la forma y manera como luchan, padecen, comen, trabajan, se reproducen, viven y sobreviven las gentes del común. Preocupación que siempre ha sido un tema caro de la antropología pero que, en el campo de la antropología política mexicana de los años setenta y ochenta, había sido dejado de lado, para ofrecer una visión de la gesta, de la lucha por el poder, de la lucha contra el Estado y sus terribles y temibles aparatos.

Muchos estuvimos metidos en esta empresa, y si no encontrábamos virtudes palpables y documentables que ameritaran el heroísmo de nuestro sujeto de estudio, nos escondíamos en frases crípticas y sonoras, como aquélla del “potencial revolucionario del campesinado”. Y un poco cansados del asunto y la retórica sobre indios y campesinos eternamente oprimidos y ex-

♦ Es Investigador del Departamento de Estudios Sobre Movimientos Sociales del Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades-UdeG

Torres, Gabriel
La fuerza de la ironía. Un estudio del poder en la vida cotidiana de los trabajadores tomateros del occidente de México.
CIESAS, El Colegio de Jalisco
México, 1997



plotados, se pasó a hacer lo que se llamó antropología obrera y urbana.

Y en esta línea, hacer trabajo de campo en un sindicato pequeño, inocuo y despolitizado no tenía el menor sentido. Nos íbamos a lo grande, nos interesaban los rebeldes, aunque fueran primitivos, los combativos, aunque nunca llegaran a tomar el poder, los inconformes, aunque a fin de cuentas se conformaran, y sobre todo los revolucionarios, aunque fracasaran.

Fueron épocas gloriosas de combate contra los marginalistas, que querían dejar fuera del ajo y el relajo a nuestro sujeto de estudio. Por eso, si no encontrábamos a los verdaderos proletarios que fueran la vanguardia, decíamos que estaban disfrazados. En aquellos tiempos de lucha urbana y acumulación de capital, el objetivo principal era desenmascarar al monstruo de mil cabezas que llegaba hasta los últimos rincones de las sociedad para extraer plusvalía.

Con todo, en trabajos posteriores se llegó a superar esta visión tan estrecha como dogmática y se pasó, de la mano de E.P. Thompson, a considerar que la clase obrera no había nacido un día de otoño por la mañana, del año tal o cual, y que más bien era un proceso. Y en busca de este proceso de formación de la clase obrera nos sumergimos en las fábricas y talleres, en archivos y en el trabajo de campo, pero siempre con la idea de encontrar a la clase obrera en acción, en combate frontal o formal, con el capital. La ironía de todo esto es que, si de máscaras se trata, no estábamos tan lejos de los asuntos que se tratan ahora.

Pero también preocupaba la vida cotidiana, aunque la verdad sea dicha, no se sabía cómo manejarla e interpretarla. Nos llamaba la atención que los obre-

ros fueran empedernidamente alcohólicos, que los trabajadores se gastaran toda la raya en los bares y burdeles que pululaban por doquier en los centros obreros, amparados en los permisos municipales que otorgaban los propios dirigentes sindicales; nos desconcertaba que las trabajadoras mujeres fueran desplazadas por el propio sindicato, en épocas de reajuste de personal, porque no eran jefes de familia; que las pugnas contra el capital no fueran tan enconadas y sangrientas como las que sostenían entre ellos mismos y con el pueblo vecino de extracción campesina.

Ahora resulta que además de la clase en sí y para sí, hay una clase así, tal cual, sin conciencia y sin futuro, así no más, como diría Tomás Villasante. El tema de estudio, hoy en día, es develar cómo es, que así es, la clase trabajadora. Ya no interesa el deber ser. Ahora, la doble hermenéutica que utiliza Gabriel Torres en su texto “no nos autoriza a divorciar analíticamente el momento etnográfico del examen de los resultados”. Lo que caracteriza al discurso político en que están inmersos los trabajadores es la heterogeneidad de posiciones y la diversidad de las condiciones de vida. Y esta dupla emerge con la “red social de investigación que operan el investigador y sus contrapartes”.

En este sentido, el trabajo de Gabriel Torres pone de manifiesto un triple avance. Por una parte revisa cuidadosamente los aportes teóricos anteriores y propone nuevas opciones para entender y explicar el comportamiento cotidiano de las redes de poder. No sólo eso, acompaña al lector en el proceso de poner a prueba la nueva reflexión teórica, al mismo tiempo que analiza los datos. La teoría y el análisis de la realidad a partir de su propuesta están íntimamente ligados con el quehacer y el descubrir etnográfico.



Como autor, Gabriel Torres no deja suelto al lector, lo mete, lo imbulle en su propia reflexión, en el ir y venir de la abstracción a la realidad. Nos lleva hasta los mismos surcos, nos salpica de lodo, nos sirve de interlocutor para hacerle preguntas a tal o cual trabajador, nos pone en contacto con la empresa por medio de un *walkie talkie*. El análisis del quehacer diario desde la condición étnica, desde la perspectiva de género, desde el contexto ideológico, supera el análisis dicotómico centrado en lo tradicional y lo moderno y se desliga de una visión mecanicista donde el sujeto es simplemente un receptor pasivo de los mandatos e intereses del capital. Allí, en el surco o en el invernadero, radica la simiente de la revuelta, de la resistencia cotidiana, que se expresa en forma de ironía, juego y doble sentido.

Además del aporte teórico, el autor propone y somete a la prueba una metodología compartida por un equipo de investigación-promoción pero que, a fin de cuentas, es una síntesis propia. Es su manera de hacer antropología la que queda explícita a lo largo de todo el texto. La referencia al método es constante y penetrante. No oculta los problemas, las limitaciones, los abordajes parciales e inconclusos; más bien los hace explícitos, para así tratar de explicarse y de explicarnos. No es aficionado a poner de manifiesto conclusiones con letras mayúsculas. Más bien plantea problemas, relaciona niveles y puntos de vista, destaca opiniones diferentes, señala ambigüedades. La descripción se hace densa y la lectura también.

Por su parte, la descripción etnográfica y el análisis antropológico fluyen de manera ágil, sin perder profundidad. El texto aporta materiales nuevos sobre las luchas agrarias, el cacicazgo de García Barragán, el arribo del ingenio, el desarrollo de la industria

azucarera, la implantación de las empresas hortícolas y la vida cotidiana de los trabajadores. Destaca sobre todo la información que proviene de entrevistas con informantes claves, funcionarios, líderes regionales, trabajadores y gente del común. La forma en que se manejan los datos refleja un oficio depurado en conseguir información a través del arte de la conversación. Se extraña, sin embargo, el apoyo en fuentes primarias de archivos locales y la prensa regional, que debe existir, aunque muy probablemente estos materiales hayan sido abordados por otros miembros del equipo de investigación que sentó sus reales en Autlán, bajo la batuta de Norman Long. También se añora un manejo más detallado de cifras y estadísticas, lo que no necesariamente está reñido con el manejo de información etnográfica. Aunque es justo decir que Gabriel se cura en salud marcando su raya con la tradición de ofrecer datos duros y cuantificados y con el concepto de “habitus” propuesto por Bourdieu, que equivaldría a afirmar “que los relatos de primera mano de los trabajadores y los de segunda mano del investigador son insuficientes para explicar en teoría el sentido del proceso de trabajo y la vida cotidiana de los trabajadores”, p. 182.

La fuerza de la ironía tiene fuerza y no le falta ironía. Poner como ejemplos paradigmáticos el análisis del caso del “chivo espantado” y las “uñas recortadas” sin duda va a generar críticas y comentarios adversos. Saber lo que pasó en estos dos casos, y sobre todo lo que implica para el análisis sociológico y para una nueva forma de hacer y pensar en antropología, queda como una tarea pendiente para el lector; quiero dejar la incógnita como una invitación a la lectura de un texto maduro y polémico, que aporta reflexión y discusión teórica, que ofrece solución y discusión



metodológica y que proporciona información y análisis sustantivos sobre la región tomatera y los trabajadores de Autlán, Jalisco. 

Utopía o interés político: ¿dilema o complementación?

ALBERTO AZIZ NASSIF ♦

Construir un partido político de oposición en México durante la década de los años cuarenta y cincuenta fue, sin duda, un reto gigantesco, que se puede explicar en buena parte por el tesón y el arrojo de un puñado de hombres que se lanzó a la aventura. Hacer un partido era parte de un sueño, de una operación que a todas luces estaba ubicada en el futuro del país y que en ese presente significaba una apuesta llena de obstáculos.

¿A qué se enfrentaron esos hombres? A un Estado robusto, autoritario, legitimado en un movimiento revolucionario, que se encargaba de pulverizar cualquier impulso de oposición y de autonomía que se moviera dentro del ancho y largo territorio nacional pues, a final de cuentas, ese territorio y esa nación eran propiedad de esos grupos triunfantes de la Revolución de 1910.

¿Qué animó durante años a esa oposición civilizada y civilizadora a permanecer en la lucha? La respuesta puede ser, un sueño, una utopía con fuerza suficiente para protegerse de la adversidad cotidiana en la que se convertían esas vidas. Pero también es muy probable que dentro de los cálculos de estos pioneros de Acción Nacional estuviera el consta-

♦ Es Investigador del CIESAS, México

Alonso, Jorge
*Tras la emergencia de la ciudadanía.
Un acercamiento a la personalidad política de
Efraín González Luna.* Tomo I
ITESO, Centenario Efraín González Luna
1898-1998
México, 1998



tar que, a final de cuentas, era mejor participar políticamente que dejar todo en manos del gobierno y de su partido; que poco a poco se daban o se darían algunos cambios y que, a pesar de todas las dificultades, los argumentos para permanecer fuera del juego eran más débiles que los de la participación política. Ésta es una de esas historias.

Jorge Alonso publica una documentada biografía política de un personaje muy importante en las luchas iniciales de Acción Nacional. Jorge Alonso se ha dedicado desde hace muchos años a hacer historia de partidos políticos; ahora no se trata directamente de un partido, sino de la historia de uno de los fundadores, del “cerebro del partido”, como dijo Manuel Gómez Morin cuando Efraín murió.

En estas páginas se encuentra una biografía política y, por el lugar estratégico del personaje, hay también una parte sustantiva de la biografía de un partido político. En las páginas de este libro se ve el complicado mundo de formar un partido y de sufrirlo en un país en donde las minorías tenían un lugar y un espacio muy reducido. Desde la oposición era difícil ver al país de esos años; se trataba de la otra cara de la moneda del poder. Mientras para los revolucionarios se caminaba hacia un régimen de justicia social y libertades, para la oposición panista no había libertades mínimas, ni un país justo. A diferencia de la oposición de izquierda, que quería hacer otra revolución, la oposición panista quería generar ciudadanos para una democracia. Ese pasado es hoy resignificado en un país que sigue buscando la construcción de un sistema democrático.

Hay en la tarea de construir un partido muchas labores que van más allá de la organización y el planteamiento; se trataba de hacer ciudadanos, que eran

una especie rara en este país; de crear otra cultura política de tipo democrático, que era casi inexistente; de participar en elecciones dentro de un esquema no competitivo y plagado de fraudes e inequidad. Hay que ver lo que tenemos a finales de este siglo –en materia de elecciones y libertades democráticas– para valorar esos primeros pasos. Hoy, cuando todo el mundo habla de democracia, la alternancia política es una tendencia creciente, el reequilibrio de poderes y competencia electoral son más una realidad que un deseo, es cuando más podemos contrastar con el mundo que vivió González Luna y sus compañeros de partido. Es a ese panismo al que el país le debe una idea clara de lo que es la democracia electoral, que esos años era una solitaria ave rara que peleaba por lo que después fueron importantes reformas electorales: equidad en la competencia, padrón limpio, organismos autónomos, es decir, elecciones democráticas, reclamos permanentes de la oposición desde hace varias décadas.

Un sueño, una utopía política y algunos avances pequeños mantuvieron esa voluntad de los fundadores, que parecía no quebrarse ante la adversidad. Biografía e historia de partido están vinculadas de forma íntima en el libro. La cultura de la honradez, la dignidad, el bien común y una amplia doctrina eran parte de ese mundo en donde el naciente panismo desplegaba su idea de la política. Ese universo opositor era una pequeña nave que cruzaba el espacio político de un mundo hostil y a veces adverso, de discursos revolucionarios y complejas estructuras de poder, de pragmatismo y de una cultura del poder autoritario; un sistema político que aun en los tiempos de gloria mostraba algunos signos de crisis. Sin embargo, tendrían que pasar muchos años más para

que esa crisis se generalizara y se pudieran empujar cambios democráticos significativos. Tuvo que crecer el espesor de la ciudadanía, la urbanización, la cobertura educativa, e incluso la pérdida de muchas vidas, para que se iniciara el tránsito democrático en México.

Hacer política de oposición eran casi puras dificultades, amenazas, pocos recursos, competir en desventaja, con una ciudadanía escasa, frente a un sistema hegemónico que tenía todos los recursos económicos e ideológicos. Podemos pensar que estos impulsos opositores del panismo naciente eran ingenuos, aventurados y que incluso podían haber equivocado las estrategias, porque las armas de la dignidad y de la decencia no eran suficientes para enfrentar un sistema en el que no había libertad para votar, pero sí había reparto de tierras, crecimiento del salario, seguridad social, es decir, un reparto que era muy corporativo, pero que de alguna forma distribuía la riqueza. Pero, ¿acaso pudo haber sido de otra forma el impulso de un proyecto de democracia electoral? Quizá la respuesta sea negativa. Por alguna parte había que empezar y ése fue el inicio: participar en elecciones a pesar del fraude, formar ciudadanos a pesar de ser una minoría, pelear por un sistema de libertades cuando la mayoría estaba dentro de un esquema corporativo, insistir en reformas democráticas cuando el discurso era revolucionario.

La tarea de los fundadores es iniciar y empezar a romper inercias; ésa fue sin duda la batalla de González Luna, que hoy Jorge Alonso nos pone sobre la mesa para documentar ese país, esa generación, esa utopía y ese cálculo. Hoy que el PAN es un partido con responsabilidades de gobierno en muchos territorios del país, no deja de ser interesante ver cómo al-

gunas ideas de los fundadores se han empezado a convertir en gobierno; cómo la ciudadanía se ha fortalecido y de qué manera la forma de hacer política ha cambiado radicalmente, sobre todo para la oposición.

“Tras la emergencia de la ciudadanía” nos revela a un personaje que le dio forma a la idea de crear un partido político moderno en México. El método de Jorge Alonso es acucioso, va al detalle, sin perder la perspectiva; organiza recorridos cronológicos, pero al mismo tiempo, temáticos; teje la trama política sin esconder la personalidad; la información surge de los diálogos epistolares que hubo entre Gómez Morin y González Luna. Hay en ese espejo de consensos una agitada historia que expresa la voluntad indeclinable de enfrentar a ese México autoritario, cuando el autoritarismo era el color invisible de la vida cotidiana del país.

A diferencia de algunos personajes del sistema, que fueron eje de construcción del poder durante décadas y que con su muerte también desaparece su legado y su obra pierde actualidad, porque este país camina hacia otro lado, con González Luna podemos decir lo contrario, que el centenario de su nacimiento, su obra y sus ideas serán parte del país democrático que se seguirá construyendo en el Siglo XXI. 🇲🇽

Una contribución a la sociología del amor y del poder

JENIFFER CALLEJA ♦

La idea de que los sexos se unen por la pretensión y esperanza de mejorar la vida, y que de la corrupción en esta unión resultan relaciones de poder, desemboca en un estudio inteligente que atrapa al lector de principio a fin y que busca explicar las relaciones entre los sexos como forma cultural de vida y el proceso mismo de su formación a partir de condiciones históricas y ontogenéticas.

Para ello la autora se apoya en la *reconstrucción*¹ y se remonta a los inicios de la historia estudiando el fenómeno en su génesis, siguiendo su desarrollo durante siglos hasta llegar a vísperas de la conquista.

Con estos elementos, Ibarra nos presenta un coherente análisis gestado en la arena de la historia, la sociología, la ontogénesis, la etnografía, la antropología, la psicología y hasta la ciencia política.

Además de rebasar los análisis simplistas, unidimensionales y lineales que suelen hacerse, esta obra rompe con los tabúes ideológicos del feminismo y del marxismo y polemiza con algunos historiadores y antropólogos.²

1 Método que entiende como "remitirse a las condiciones para luego hacer comprensible el resultado a través del proceso en el que éste se ha formado" (p.VIII).

2 Quienes sostienen la existencia de un matriarcado prehispánico.

Ibarra, Laura
Las relaciones entre los sexos en el mundo prehispánico. Una contribución a la sociología del amor y del poder.
Ed. Porrúa
México, 1998

♦ Departamento de Estudios Políticos del Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Guadalajara



Es un libro que se lee con facilidad y rapidez. En este sentido, cabe reconocer el ejercicio de síntesis que ha hecho la autora para acercar su estudio de tantos años a los amantes de las ciencias sociales.

El proceso de constitución de las relaciones de poder desde las igualitarias culturas nómadas y agrarias, hasta la estratificada sociedad del imperio azteca, es revisado en once capítulos agrupados en tres partes.

El libro comienza con *las relaciones entre los sexos en las culturas chichimecas*, apartado de siete capítulos que, aparte de abarcar más de la mitad del volumen total del texto, concentra las tesis y propuestas más importantes de Laura Ibarra: el surgimiento del amor en la historia de nuestra especie, la forma de procesar el poder en el proceso de formación de sociedades, el papel del amor en el curso de la sustitución de estructuras de comportamiento en la etapa evolutiva de la sociedad paleolítica, la concepción de la mujer a partir de la recreación de los mitos fundadores de los pueblos chichimecas, de hallazgos arqueológicos, divinidades, rituales y creencias, el “panorama falso” de las relaciones entre los sexos reconstruido por Engels, y la desigualdad entre los sexos como resultado de las relaciones sociales fundamentadas en el uso real o potencial de la violencia.

De entrada, Ibarra señala que el error fundamental de los estudios que se han dedicado a analizar el poder en las relaciones entre los sexos en las sociedades antiguas ha sido focalizar exclusivamente la relación, dejando fuera el hecho de que el poder que corrompe estas relaciones no es el poder que viene de dentro, sino un poder constitutivo del proceso de formación de sociedades, un poder que genera sumisión en las relaciones sociales y se anida en ellas.

Hay razones históricas que aclaran por qué dicho poder se procesó de manera distinta en la sociedad chichimeca (de cazadores y recolectores) que en la sociedad mexicana (agraria). La transformación de las instituciones y de las relaciones no sólo entre los individuos, sino entre los sexos, es ineludible.

Al relacionar mito e historia, Laura descubre una concepción singular de la mujer en las primeras etapas de la historia, dado que “en su estructura, el relato mítico asume el esquema del pensamiento y éste sigue la lógica de la acción” (p. 12). No obstante, aclara que el mito es insuficiente para responder a algunas cuestiones, puesto que no tiene elementos para discernir si lo narrado es reflejo latente de una realidad histórica.

Bajo esta advertencia tenemos que los primeros hombres en los tiempos míticos –antes del inicio mismo del mundo– para garantizar su existencia tuvieron que vencer a la diosa Itzpapálotl, quien detentaba el poder absoluto del mundo.

La fertilidad de la mujer es una razón suficiente para aseverar la supremacía femenina sobre el hombre en el mundo primitivo, ya que se percibía como un fenómeno que implicaba la prolongación de un origen. Es en ella donde el pensamiento mítico encuentra una fuerza creadora identificada con el poder que una vez dio vida al cosmos³ y que sigue asegurando la existencia de éste (p. 14).

El mundo fenoménico denota que el hombre es el más poderoso. Esta aparente contradicción se resuelve en la semántica del mito, donde se expone que el orden existente surge de un desorden, esto es, que la

3 La relación entre la idea de la virginidad y la idea de que la mujer permanece ligada a la fuerza de la vida en su originalidad es revisada por Laura Ibarra en las páginas 206-211.



feminidad es el desorden de origen y es superado cuando la masculinidad establece el orden, cuando mediante la guerra el hombre fundamenta la organización del mundo. Para explicarlo, la autora se remite al famoso mito de Huitzilopochtli y su hermana Coyolxauhqui.

Por participar de la fuerza creadora de la vida, el pensamiento mítico atribuye también a la mujer un dominio sobre la muerte,⁴ una fuerza que amenaza con destruir un día al mundo entero. Esto es ilustrado por Ibarra cuando habla del temor no sólo de las tribus, sino del marido y los hijos a relacionarse con la mujer preñada y la mujer menstruando.

El hecho de atribuirle a la mujer poderes sobre la vida y la muerte no encuentra repercusión alguna en la posición social de la mujer, su acción cotidiana está demasiado ligada a la existencia terrestre para posicionarla como ser sagrado, es decir, las estructuras cognoscitivas no determinan el lugar de la mujer en la organización social.

Ibarra señala que, en los estudios etnológicos y antropológicos que se ocupan de Mesoamérica, se admite como probable la existencia del matriarcado en las antiguas sociedades de esta región, y ante eso nos recuerda que fue Engels quien hizo popular un panorama de la antigüedad caracterizado por la promiscuidad sexual y el matriarcado.

Así que dedica el capítulo III a exhibir algunos reduccionismos del llamado materialismo histórico y en particular de uno de sus principales exponentes: Friedrich Engels.

Engels, quien supone la existencia de un estadio primitivo de comercio sexual sin restricciones y para

⁴ Ver mito de la diosa Quilaztli, quien dio vida a Quetzalcóatl (p. 29).

quien la familia y la sociedad son incompatibles en el periodo de humanización, no precisa cómo la descomposición del comunismo resultó más opresiva a la mujer que al hombre, ni por qué ésta optó por imponerse el derecho a la castidad.

Sin dejar de reconocer que el valor indiscutible de la obra de Engels reside en estudiar las relaciones entre los sexos en la historia bajo las condiciones reales en que éstas se establecen, la autora señala que éste nos da un panorama falso de las relaciones entre los sexos en la antigüedad al caer en dos reduccionismos: que la necesidad de reproducción es lo que motiva la relación entre los sexos en la prehistoria, y que las condiciones económicas determinan la formación y establecimiento de tales relaciones.

Su argumento más fuerte contra esos reduccionismos es que son las necesidades de intimidad, sexualidad e identidad las impulsoras de la unión entre un hombre y una mujer, y son estas necesidades las que pueden condensar el concepto de amor. Y no se trata de negar la capacidad de amar y la necesidad de ser amado en el hombre primitivo,⁵ pues sostiene en última instancia que “las condiciones de las cuales resultó el amor constituyeron la condición *sine qua non* para que la humanidad pudiera desarrollarse” (p. 35). En este sentido afirma que el hombre reorganiza, en la relación con la mujer, su relación primaria con la madre⁶ y es este modelo de socialidad el que determina su forma de relación con los otros individuos.

La autora reconoce que, efectivamente, el poder se infiltra en las relaciones entre los sexos entre más se

5 Laura Ibarra asevera que el hombre primitivo debió desarrollar las mismas necesidades de amar y ser amado que el hombre moderno.

6 Revisar la relación social y corporal madre-hijo p. 36 y 37.



organiza en la sociedad y la va determinando,⁷ y que al instalarse en ellas se manifiesta en desigualdades que llegan a corromperlas.⁸ De esto resulta una guerra entre fuerzas: amor vs. poder.

Frente al mito económico de Engels, Ibarra parece presentarnos un nuevo mito explicativo de la historia y de la evolución del hombre: el amor, mismo que tendría su propio proceso histórico al no ser algo dado al hombre de manera eterna e inmutable.

En la segunda parte del libro, compuesta por dos capítulos, la autora se adentra en *Las relaciones entre los sexos en la sociedad agraria azteca* para mostrarnos que la situación de la mujer mexicana y del amor en las tribus nómadas y en la sociedad agrícola se vio seriamente afectada.⁹

En estas sociedades, las formas de constitución del poder se fueron institucionalizando conforme el tlatoani aprendió a aprovecharse de la sobreproducción y a consolidar su prestigio mediante actos generosos.

Así que, en el proceso de apropiación de la tierra y de reorganización de la constitución del poder, la mujer no tuvo nada que ver. El poder se procesaba para acumular más poder y las líneas de parentesco pasaron a ser unidades de producción; las desigualdades estaban institucionalizadas y la esfera de acción femenina se volvió más dependiente del hombre.

7 En este sentido, la autora establece que la propiedad privada no desempeña directamente algún papel en la formación e institucionalización de la familia, pues este proceso se determina más bien por necesidades propias de la intimidad, donde el hombre intenta hacer respetar los intereses de su familia frente a los demás miembros de la comunidad.

8 Las cuestiones de igualdad y desigualdad en la sociedad chichimeca están puntualizadas en el capítulo VI.

9 El factor que la autora señala como decisivo es la disposición de los padres sobre los hijos.

En su análisis, la autora nos presenta cómo la mujer era objeto de un sometimiento ininterrumpido: de la condición de hija a la condición de esposa y su autonomía se veía totalmente inhibida. Este modelo la convertía en moneda de pago a servicios prestados y en instrumento de influencia política para establecer alianzas entre los pueblos.

No obstante, es posible que en los “matrimonios arreglados” hayan encontrado satisfacción las necesidades comprendidas en el concepto de amor, pues estas necesidades están presentes en los humanos antes de celebrarse una ceremonia nupcial.

Finalmente, en los dos capítulos comprendidos en la parte dedicada a *Las relaciones entre los sexos en el imperio azteca*, Laura logra presentarnos un recorrido histórico coherente, donde observamos la nula participación de la mujer en los procesos constitutivos del imperio azteca, ya que esta esfera se fue organizando en un contexto militarista y belicoso, donde reinaba el espíritu de dominación y la mujer participó cada vez en menor grado.

De lo anterior resultó la organización de nuevos centros de poder, donde se impidió definitivamente la participación de la mujer en la esfera política, tanto en su desarrollo como en su consolidación. Lo que encuentra su justificación no en una devaluación de la mujer, sino en que no participó en la génesis histórica de la esfera política, la cual se fundamentó en el poder y la violencia; de ahí que el Estado mexicano fuese una organización de hombres (p. 220). Si alguna mujer llegó a ocupar alguna posición importante fue por mediación masculina.¹⁰

10 Por su influencia personal sobre algún señor o principal.



Éstas y muchas otras cosas descubriremos en este libro con un excelente respaldo documental, que da muchas e interesantes pautas para comprender y analizar el amor y el poder, y su relación en particular con los sexos del mundo prehispánico.

Con esta aportación novedosa a los estudios sociales, Laura Ibarra nos da la oportunidad de releer detalladamente la historia prehispánica desde una perspectiva interdisciplinaria muy acertada, además de abrir una veta metodológica muy atractiva para futuras investigaciones. ■